hombres civilizados, la tuberculosis se debe sobre todo a los contagios que entre sus regatos les lleva la civilización. Muchos han sido los casos de las colonizaciones modernas en que al ser hollado un territorio nuevo por el europeo, ha sido saludado al mismo tiempo por el fantasma de la peste blanca. Es en tales casos donde se han visto las formas de tuberculosis feroz, de procesos ultragalopantes de los negros del Senegal, de las tribus del centro de Africa. Se trata de pueblos anteriormente vírgenes de tuberculosis que no resistían por lo tanto con la inmunidad relativa de que nosotros disponemos y en los cuales, la plaga estallaba, con toda la violencia de una primera siega en un campo nunca espigado. Puede compararse esta suerte de tuberculosis a la lues primitiva, aquella que sufría la humanidad en un tiempo en que todavía, la herencia y la propagación del mal no habían podido acostumbrar y hacer en cierto modo resistentes a los organismos.

Entre nosotros, las formas clínicas de tuberculosis no suelen ser tan violentas; duran más los procesos pero no son menores por eso los desastres a que dan lugar si no que por el contrario, como ya veremos, la prolongada duración de cada caso, establece una permanencia proporcional del semillero de bacilos que cada enfermo representa siendo un constante foco de irradiación. Además como toda enfermedad larga que por añadidura, ata de brazos al pobre paciente es un factor de empobrecimiento económico de las colectividades, que aumenta más y más el lastre de impotentes, de desvalidos, de fuerzas muertas que la sociedad ha de arrastrar.

Entre nosotros, la enfermedad es más larga porque nacemos y nos desarrollamos en un medio en donde de todos lados nos llega la infección; esta es fatal en la vida de hoy. Prácticamente, es imposible rehuirlo; el problema se reduce a poderla resistir sin que triunfe sobre nosotros. La leche de vacas enfermas, los alimentos mal elaborados y peor protegidos, el escupir de los físicos que deambulan abandonados y libres para contagiar su mal a los demás, miles ocasiones dan lugar a la contaminación. Y acostumbrados por una renovación tan grande de infecciones sucesivas, responden los organismos con una resistencia especial que hace más insidiosa, más callada pero no menos terrible la dolencia cuando llega a declararse.

El virus goza de una expansión tan grande en la sociedad en que vivimos, que se encuentra dispuesto a aprovechar cualquier ocasión en que las barreras orgánicas de las defensas estén abiertas para dar lugar al caso clínico; estas ocasiones se ofrecen con frecuencia; de proporcionarlas se encargan los periodos de sobrelabor, la media ración de aire de los tugurios de la indigencia, la intoxicación crónica de tantos oficios en que no se protege al hombre de los peligros que llevan consigo ciertas manipulaciones; sensibilizados de tal modo, aun nos basta para caer enfermos los pretextos más nimios; las crisis fisiológicas que crean un estado momentáneo de inferioridad orgánica, tales son las

críticas tisis de la pubertad y las agudizaciones de bacilosis fibrosas en la tardía época de la menopausia.

La manera de reaccionar en los distintos pueblos según su manera de vida. En la raza judía que se va perpetuando, encerrada durante siglos, en populosos barrios de todas las ciudades del mundo, raza cuya vida eminentemente comercial hace que en ella sean más frecuentes, más numerosos los contactos interhumanos se observa una inmunidad relativa contra la tuberculosis; entre ellos la infección está tan generalizada que dentro de la especie humana, tienen una manera especial de reaccionar contra el virus. En cambio, en los pueblos a que nos referimos antes, que han recibido la enfermedad por las conquistas y las colonizaciones, los primeros casos han revestido una violencia inaudita. Bien conocidas y típicas son las numerosas observaciones que de ello se han hecho en las tropas de color que se llevaron a combatir en la pasada gran guerra.

Se ve pues que en nuestros medios urbanos, la infección tuberculosa es algo inevitable, es un trance que no se puede eludir dada la extensión de los agentes propagadores.

Para luchar contra la infección hemos recibido el legado de una resistencia que nos han transmitido generaciones anteriores habituadas como nosotros a la convivencia con el bacilo; no obstante, hay que estar prevenidos pues la localización en apariencia inofensiva del germen, la silenciosa adenopatía traqueo bronquial, el nódulo insignificante ya calcificado del pulmón, no necesita para renacer más que un desfallecimiento orgánico un poco sostenido, un abuso de las energías vitales, una reducción de los medios nutritivos. En esta vida de lucha artificiosa es muy fácil caer en cualquiera de tales flaquezas.

La influencia que sobre la expansión de la enfermedad ejerce una labor física que está muchas veces incompensada con los medios de subsistencia, es muy grande. Hace unos meses, publicó E. Arnould, en la *Presse Medicale*, una serie de anotaciones estadísticas muy demostrativas.

Es el objeto del artículo, la mortalidad femenina por tuberculosis y los datos que aporta son como se verá realmente curiosos. En primer lugar, razonando sobre cifras globales, se observa que en la ciudad, donde el hombre suele ocuparse en trabajos industriales, en mayor número que la mujer, el exceso de mortalidad por tuberculosis sobre la femenina, es muy manifiesto.

En los distritos rurales, donde la mujer se suele dedicar al par que el hombre a faenas penosas, la tuberculosis produce casi tantas bajas en el sexo femenino como en el masculino. No hay que perder de vista que en conjunto el tanto por ciento de mortalidad de las ciudades es mucho mayor que el que corresponde a los campos.

En países en que la actividad de la mujer es un factor de producción comparable al de la actividad del hombre, como en Holanda, entre